

Las Bienaventuranzas: Una Conclusión Sorprendente

Con este artículo llegamos a la conclusión de nuestro estudio de las Bienaventuranzas. Ellas finalizan como comenzaron, en una forma sobresaliente.

“Bienaventurados los misericordiosos” (Mat.5:7). La misericordia no es una cualidad completamente desconocida aun en un mundo de hombres fundamentalmente. Pero es una misericordia selectiva y caprichosa que no se mueve del principio y no es una disposición establecida del corazón y el carácter. El mismo hombre que es capaz de compasión ocasional encuentra todavía las tristezas de otros demasiado pesadas y la venganza muy dulce.

La misericordia que Jesús alaba nace de la conciencia penetrante de la propia necesidad desesperada de uno por la misericordia, no únicamente de los hombres, sino especialmente de Dios. Es una misericordia que muestra compasión por los indefensos (Luc.10:37) y concede el perdón aun a los que cometen repetidas ofensas (Mat.18:21-22). Esta compasión no es motivada por las cualidades atractivas del ofensor (¿Cómo debiéramos tratar al pecador “desagradable”?) sino que surge de nuestro propio sentido de gratitud por causa de esa misericordia que Dios *nos* ha mostrado. No éramos atrayentes cuando Dios envió a Su Hijo sobre la cruz (Rom.5:8). Los ciudadanos del reino del cielo no han olvidado de qué lado de las sendas han venido (Tito 3:1-5). Una de las más grandes expresiones de esta clase de misericordia es un interés no egoísta por un mundo pecador y no atractivo sino perdido (Mat.9:36-38). Es una fuerza que conduce a predicar el evangelio.

La misericordia hacia los hombres no *merece* la misericordia de Dios, sino es una prueba del espíritu penitente que es una condición divina del perdón (Mat.18:23-35). Los ciudadanos del reino del Cielo viven entre sus compañeros, no como una aristocracia espiritual arrogante, sino como hombres y como hombres que perdonan.

“Bienaventurados los pacificadores” (Mat.5:9). Esta bienaventuranza no está sin sus desafíos. Los hombres son tentados a aplicarla a aquellos espíritus conciliadores que cuyo don para la negociación y el compromiso vierte aceite sobre las aguas turbulentas. Pero todo el contexto del sermón se revela contra este concepto. Estos no son pacificadores en el sentido ordinario de mediar entre las disputas humanas, sino en el sentido último de traer a los hombres a la paz de Cristo (Juan 14:27). ¿Cuál es el valor de la paz traída al precio del principio o de una tranquilidad momentánea que no está enraizada sobre una reconciliación con Dios? Los verdaderos pacificadores son aquellos que están así mismos en paz con Dios (Rom.5:1) y con los hombres (Rom.12:18) y que predicar en el mundo un evangelio de

paz y reconciliación (Efe.2:13-17). Ningún otro pueblo puede ser llamado los hijos “del Dios de paz” (Rom.15:33). Cuando los hombres son reconciliados con Dios y la paz de Cristo gobierna en sus corazones, el espíritu de la compasión, la mansedumbre y el perdón produce en ellos ministros de reconciliación con todos los hombres (Col.3:12-15). Si, a pesar de todo, otros están todavía dispuestos a ver a tales personas como enemigos, la falta no descansa en ellos. Ellos son los verdaderos siervos de la paz en el mundo.

“Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia” (Mat.5:10-12). Aquí hay una conclusión sorprendente. Estos pacificadores se han vuelto en perseguidos! Jesús, habiendo ahora tratado con la actitud de los ciudadanos del reino hacia Dios, hacia así mismos, y hacia otros, ahora vuelve a considerar la actitud del mundo hacia ellos. Uno podría haber pensado que semejantes personas como Jesús las describe serían recibidas con gran regocijo en el mundo — personas humildes, despreocupadas de sí mismas, entregadas a las necesidades de otros. Por el contrario, el Señor ahora les revela que van a agitar al mundo con una amarga enemistad y odio hacia ellos.

El Hijo de Dios nunca buscó ocultar las realidades del sufrimiento de Sus seguidores. Su candor con los que entusiastamente le buscan es notable. Él les exhorta aún bajo su fervor a contar sobriamente el costo (Mat.8:19-20; Luc.14:26-33). El Señor no formaría discípulos de su ingenuidad. No quiere que ninguna crisis repentina destruya su fe. Él les ha hablado claramente de modo que cuando Sus discípulos sufrieran, ellos pudieran conocer que es tal como Él le había dicho y que tuvieran la confianza en su corazón que las promesas de gloria del Maestro son tan seguras — “porque fiel es el que prometió” (Heb.10:23).

¿Y cuál es la causa de ésta odiosa persecución sobre estas humildes y nobles personas? No fue alguna conspiración maligna secreta. No una práctica clandestina de ritos impíos e inmorales. Su crimen es simple. Ellos han elegido ser justos en un mundo injusto. Han elegido ser muy semejantes a Su Maestro (Juan 15:18-20). Su amor y sencillez no hace más que poner de manifiesto de manera más clara el oscuro egoísmo de una generación impía que aborrece la luz y que siente profundamente la sentencia en silencio de la inocencia al contrastarla con la vida de los Cristianos (Juan 3:19-20).

Los discípulos del Señor debieran regocijarse en la oposición que revela que el espíritu y el carácter de Su Salvador ha sido visto en ellos. Ellos debieran regocijarse a causa de que les ha sido concedido el privilegio de sufrir por uno que ha soportado semejante abuso por causa de ellos (Fil.1:28-29; Hechos 5:41). Pero, más que todo, ellos debieran regocijarse porque su sufrimiento no es en vano. Ellos pueden aceptarlo con regocijo, sabiendo que este transforma el carácter (Stg.1:2-4) y obra en ellos “un cada vez más excelente y eterno peso de gloria” (2 Cor. 4:17). Ninguna amenaza

21 | *Invitación a una Revolución Espiritual*

temporal puede intimidar aquel cuyo verdadero tesoro está asegurado en el cielo. Como alguien lo ha observado: “No es ningún necio el que da lo que no puede guardar para ganar lo que no puede perder”.